



## SICCO MANSHOLT: "No, a un mundo de chacales"

La crisis real se producirá en torno al año mil novecientos ochenta y cinco. Entonces no tendremos ya petróleo ni tampoco gas. Y mil novecientos ochenta y cinco está como quien dice a la vuelta de la esquina. Sobre todo si tenemos en cuenta que son precisos como mínimo quince años para tomar una decisión a nivel internacional. Ahora bien, seguimos comportándonos como en el pasado, no hemos aprendido nada; los hombres de Estado duermen, se tranquilizan pensando que el abasteci-

miento está garantizado para los quince próximos años; parecen ignorar que los estremecimientos que hemos sufrido hasta ahora no son todavía la crisis y que es más bien el crecimiento el que está en crisis.

«Me explico: los hombres de Estado europeos tratan de conseguir energía por los medios que sea. A veces, su comportamiento resulta hasta repugnante. Se cambian «Mirage» por petróleo, se regatea, hay muchos que venderían a su mejor amigo por un barril de combustible; cada uno se

las arregla como puede. La regla del «business is business» ha sustituido a las más elementales reglas de cortesía diplomática: el espectáculo es aterrador; la solidaridad, nula, y los chauvinismos están desatados.

«Por otro lado, el despilfarro continúa como si nada ocurriera; se quema petróleo en los motores de automóvil y en las calderas de calefacción central, mientras que la industria petroquímica debería ser prioritaria. Los Gobiernos siguen rigiéndose por el antiguo modelo de desarrollo, siguen apegados a la idea de que el crecimiento es lo normal, cuando lo cierto es que el crecimiento ha representado siempre a lo largo de la Historia un período de crisis.

—¿Cómo se debería, según usted, abordar la crisis que se avecina?

—Es urgente dar prioridad a un tipo de sociedad modesta y equilibrada que

**C**UANDO usted comenzó a hablar, hace dos años, de «crecimiento cero» y de «sociedad de la escasez», muchos acogieron sus declaraciones con cierta incredulidad. La crisis energética, sin embargo, ha confirmado el pesimismo por usted expresado entonces. Ahora bien, la crisis parece dar un mentís a sus hipótesis, puesto que las socieda-

des capitalistas se están mostrando capaces de superar la escasez, aunque sea pagando más caro el petróleo.

**SICCO MANSHOLT.**—En este momento no hay manera de saber quién tiene razón y quién está equivocado, simplemente porque la escasez aún no ha llegado. Estamos viviendo un preuncio de esa crisis, un aviso útil, pero nada más.



## J. KENNETH GALBRAITH: "Las evidencias de la escasez"

téntica política económica es de esperar que persista la inflación y aumente el paro. No creo, sin embargo, que esté a punto de producirse una depresión clásica con una vertiginosa disminución de la demanda. Una vez dicho esto, quiero advertir que no hay que fiarse nunca de las predicciones de los economistas. Ese es por lo menos mi lema.

—En los Estados Unidos, a primera vista al menos, la crisis energética parece muy grave. ¿Cree usted, como creen algunos, que el Pre-

sidente Nixon está dejando que aumente la escasez para que el país se olvide del Watergate?

—No creo que lo haga deliberadamente. Pienso que se trata más bien de incompetencia. Los republicanos no han sido nunca capaces de prever ni de planificar. Su ideología es la del mundo de los negocios. Ahora bien, en este país, los hombres de negocios creen que Dios es un buen conservador que les sacará de todos los apuros porque ellos son también, a su imagen y semejanza, buenos conserva-

dorés. Ya antes de la escasez se lanzaron algunas advertencias. Pero todo fue en vano. Hay que explicar que las grandes compañías petroleras minimizaban el alcance de la crisis que parecía avecinarse. Como si desearan que la crisis fuese grave para dar así una lección a los ecólogos, tan abundantes entre nosotros.

—¿A quién beneficiará la crisis, a la derecha o a la izquierda?

—Aquí beneficiará a la izquierda. Los americanos han podido comprobar en los últimos tiempos hasta qué punto resulta nefasta la colusión entre el gran capital y el ala derecha del partido republicano: es el triunfo de la corrupción. Richard Nixon lo ha demostrado espléndidamente entre nosotros. Las grandes empresas financiaron su campaña presidencial de mil novecientos setenta y dos, y a

**E**N Occidente, muchos expertos económicos temen el advenimiento de una gran crisis. ¿Tienen razón, según usted?

**J. KENNETH GALBRAITH.**—No es seguro.

Fijémonos en los Estados Unidos, baluarte del capitalismo. Como cualquier economía moderna, la americana necesita ser dirigida. Pues bien, no lo está. Y no lo estará en los próximos meses. A causa de la escasez y de la falta de una au-



## La crisis de la energía

tenga en cuenta los límites del mundo. Hoy existen dos posibilidades: o bien se mantiene el índice de crecimiento actual y se trata de obtener fuentes nuevas de energía, o bien nos adaptamos a nuestros recursos y limitamos el crecimiento.

»Primera hipótesis: búsqueda de otras fuentes de energía, por ejemplo, la solar. Resulta que no sabemos nada preciso al respecto, pero los primeros cálculos no parecen nada alentadores. ¿El carbón? Puede sernos de bastante utilidad, pero la mayor parte habrá que emplearlo en la industria química. Queda la energía nuclear. Todos los programas energéticos dan una gran importancia a lo nuclear. Esto me preocupa muchísimo. No sólo porque no existe ningún método para obtener energía nuclear sin contaminar, sino porque trato de imaginarme cómo será el mundo en que habremos de vivir. Será un mundo duro, de egoísmos desencadenados, un mundo de cha-

cales en el que se luchará por conseguir una pizca de energía, en el que todos estarán en pie de guerra continuamente. Al desarrollar la energía nuclear se aboca a la Tierra a una era de la inestabilidad. La acumulación de energía es sencillamente un acto criminal. Temo que los Gobiernos se lancen a esa política. No hay ningún procedimiento legal para castigar a esos criminales.

—¿Y su segunda hipótesis?

—Mi segunda hipótesis se deriva de las reflexiones siguientes: ¿De qué sirve esta carrera desenfrenada hacia el crecimiento? ¿Somos con ello más felices? La respuesta es no, pues para cuatro quintas partes de la población mundial, el aumento del índice de crecimiento no significa nada. La distancia entre el nivel de vida de los ricos y los pobres aumenta al mismo ritmo que el crecimiento.

Se miente cuando se afirma que es preciso intensificar el crecimiento para ayudar a los pobres.

»A veces me dicen: «Necesitamos el crecimiento para defender la calidad de la vida». No lo creo. El crecimiento «preservativo» exigiría un gran consumo de energía y reintroduciría a la economía en esa vertiginosa espiral que conocemos actualmente. Le daré un ejemplo, el del Rin. Se ha llegado a un acuerdo internacional para disminuir en un cincuenta por ciento la contaminación de ese río. Muy bien. Pero en la ejecución del proyecto se emplearán quince años. Pues bien, si mantenemos el ritmo de crecimiento actual, la contaminación del Rin se habrá duplicado de aquí a quince años. ¿Qué habremos conseguido?

—Los sindicatos y los partidos de izquierda sostienen que serán las clases trabajadoras de los países europeos quienes paguen el

pato si se opta por una política de «crecimiento cero».

—No acepto eso. Los que me hacen ese reproche razonan como si en Europa existiese el pleno empleo, y olvidan además en sus reflexiones a los nueve millones de emigrantes (turcos, yugoslavos, sicilianos) que son devueltos a sus países de origen a la menor amenaza de crisis. Los pobres de los países pobres vienen a servirnos y a ayudarnos a aumentar nuestro índice de crecimiento. No el suyo.

—¿Qué sistema propone usted entonces?

—Algo diametralmente opuesto: ni crecimiento ni paro, menos actividad y mayor justicia, flexibilizar el tiempo de trabajo y garantizar un salario para todos los trabajadores. Los ingresos de las capas trabajadoras seguirán siendo los mismos, tampoco se modificará su nivel de consumo. Los

ricos sí tendrán que disminuir su consumo. Es la única forma de construir una sociedad igualitaria, basada en una producción estable. Una sociedad socialista.

—La sociedad que usted describe no parece muy alegre...

—Es un tipo de sociedad frugal, pero no veo por qué no habría de ser alegre. En realidad, mi sistema se funda en la idea de un hombre más responsable, más «participante»; en un sistema de autogestión en las fábricas. No entiendo mi conflicto con Georges Marchais. Le digo que los próximos decenios serán la gran oportunidad del socialismo, y él reacciona furiosamente.

»Usted me dice que no será una sociedad alegre. Le constataré que la sobriedad es, en mi opinión, la única solución para evitar la guerra y la catástrofe mundiales. ■ Declaraciones recogidas por MARCELLE PADO VANI.

cambio consiguieron que el Gobierno no persiguiese a la ITT mediante nuevas leyes antimonopolios, ni promulgase leyes para proteger al medio ambiente contra las grandes industrias, ni se decretase una limitación de los beneficios de las compañías petroleras.

»Pero eso no es todo. ¿Qué estamos viendo hoy en los Estados Unidos? Es el reino de la tróica inflación-paro-escasez. He ahí a dónde conduce la política de «laissez-faire». Todo esto demuestra bien a las claras que la política económica de la derecha americana, heredada del siglo diecinueve, es literalmente absurda. Los americanos se dan cuenta ahora de que una economía moderna no puede funcionar sin planificación. Nixon ha hecho mucho más por el socialismo que toda la izquierda americana en un siglo. Cuando deje la Presidencia, deberíamos enviar a una delegación a expresar-

le solemnemente nuestra gratitud.

—Usted dice que la crisis va a beneficiar a la izquierda. Ahora bien, la Historia nos enseña que cuando la gente tiene miedo, siempre se orienta hacia la derecha. Por otro lado, la derecha puede asumir muy bien esa exigencia de planificación que usted cree haber descubierto en la opinión pública americana.

—En primer lugar, los americanos no temen la crisis. Simplemente echan pesetas contra la apatía de su Gobierno. En segundo lugar, si la derecha es planificadora en buena parte de Europa, no lo es en los Estados Unidos. Por eso es probable que la crisis pueda beneficiar más a la izquierda en América que en vuestro país. No veo cómo la derecha americana, enfiada en sus tradiciones e

incapaz de evolucionar, podría aportar una solución a la crisis.

—Es cierto que Nixon no parece tener ya las riendas del país: los precios galopan, las grandes compañías hacen acopio de gasolina y especulan el alza. ¿Seguirá Nixon en la Casa Blanca hasta mil novecientos setenta y seis?

—Nixon no será expulsado por los demócratas, quienes en todo este asunto del Watergate se han mostrado especialmente pusilánimes e ineficaces. Serán los republicanos mismos quienes le aparten del poder. No por lo que ha hecho, sino porque tienen miedo de perder su influencia por mucho tiempo si es que Nixon sigue en el poder. El fin de Richard Nixon llegará el día en que una delegación de senadores de la «mayoría silenciosa», entre ellos Griffith, de Michigan, y Tower, de Texas, le digan: «Señor

Presidente: todos nosotros pensamos que es usted un gran americano. Le queremos mucho. Su política exterior es sorprendente. No nos gustó la visita a Mao, pero lo de los bombardeos fue algo formidable. Las cadenas de televisión, el "Washington Post", el "New York Times" y otros órganos de la conspiración comunista internacional han convencido a la opinión pública americana de que es usted un granuja. Como comprenderá, nada podemos hacer. Nos vamos a ver obligados a votar a favor del impeachment». Ese día, Nixon aparecerá en la pequeña pantalla y dirá: «Podría continuar en la Presidencia si quisiera, pero sería un acto cobarde».

—¿Ha cambiado algo en la sociedad industrial desde su análisis del «Nuevo Estado industrial»?

—Sí, hay algo nuevo. En mi último libro, «La econo-

mía y el interés general», desarrollo la idea de que no hay en la sociedad moderna la mínima coordinación entre los índices de crecimiento de las distintas ramas industriales. De ahí los «fracasados» de la máquina económica. Fijémonos, por ejemplo, en los Estados Unidos. El aumento de la producción de aparatos de aire acondicionado para los edificios de Nueva York no está ligado al desarrollo de la energía eléctrica, la cual es, sin embargo, necesaria para su funcionamiento. Lo mismo ocurre con la producción de automóviles, que no crece al mismo ritmo que el abastecimiento de gasolina. Cuando escribí eso, hace dos años, tuve un poco de miedo. Lo que yo decía no resultaba tan obvio entonces. Pero ahora, con la escasez, ha cobrado carácter de evidencia. ■ Declaraciones recogidas por FRANZ OLIVIER GIESBERT.